

# El padre Manjón, fundador de las escuelas del Ave María.



El padre Manjón, según el cuadro de Almodóvar.

## Aniversario

Dos lustros se cumplen en estos días, en que la religión ha sido proscrita de la escuela, de la muerte de un sacerdote benemérito, fundador de un sistema de enseñanza que gira en torno de la instrucción religiosa, como disciplina básica. Diez años hace que perdió España al preclaro apóstol de la enseñanza, al venerable sacerdote, ejemplo singular de modestia y de amor al desvalido, que tué D. Andrés Manjón, y desde entonces su figura, como la de todos aquellos a quienes su inteligencia y su corazón privilegiados les elevan sobre el gris nivel de la mayoría, se agigantan más y más, a medida que transcurre el tiempo, contemplada a través del prisma de su obra.

En Sargentos de la Lora, un pequeño pueblecito burgalés, al Sur del Ebro, nació su cuna. ¿Cómo desde allí vino Manjón a Granada, en el otro extremo de la Península, a desempeñar su hermoso magisterio? Es la misma pregunta que podemos formularnos con respecto a San Juan de Dios y su apostolado. El fundador de la Orden Hospitalaria vió la luz en una localidad próxima a la lusitana de Evora—Montemayor el Nuevo—, mas fué en la ciudad de los cármenes donde estableció su primer hospital, donde halló los primeros colaboradores y discípulos, donde desarrolló, en una palabra, la mayor parte de su abnegado ministerio; ante estos dos casos, cabe creer que el suelo granadino se halla

predestinado a que en él florezcan las más bellas obras del amor, y de la caridad.

Nacido Manjón en un hogar muy humilde, pudo seguir los estudios eclesiásticos en el Seminario burgalés de San Jerónimo, merced a la protección de un tío suyo, sacerdote; mas una vez que los hubo concluido negóse a ser ordenado, por considerarse indigno de ello, que a tanto llegaba su santidad modestia; y sólo celebró su primera misa—en el pueblo natal y ante sus deudos— muy cerca de los cuarenta años, después de haber ganado un canonicato en la secular abadía granadina del Sacro Monte. De Burgos a Valladolid, donde cursa la licenciatura de Derecho, doctorase, y, llevado de su ingénito amor a la enseñanza, obtiene una auxiliaría en la Universidad salmantina. No permanece mucho tiempo en la ciudad del Tormes, porque, tras reñidas oposiciones, pronto logra alcanzar en propiedad la cátedra de Derecho canónico en Santiago. Se traslada después desde la Universidad compostelana a la granadina, para ser en ésta, durante cerca de ocho lustros, uno de sus más potentes luminarias. Autor de un *Derecho Eclesiástico*, obra difundida extraordinariamente por numerosos Centros de enseñanza, tradujo también el *Iuris ecclesiastici publici institutiones*, del cardenal Tarquini; pero su labor de canonista, por quedar reducida al círculo, no muy amplio, de los especializados en esta disciplina, permanece oscurecida y eclipsa la frente a la obra genial del pedagogo, que se puede calificar de revolucionaria sin incurrir en hipérbole, pues tal significación tuvieron sus métodos de enseñanza, conmovedores de los agitados ciervos de la Pedagogía arcaica al convertir la escuela, lugar de suplicio, odiado por el niño, en algo amable y atractivo, adonde ansía acudir; al establecer las clases al aire libre, sacandolas de locales cerrados, a veces angostos y reñidos con la higiene, y formar al propio tiempo "la primera colonia escolar permanente en el mundo"; al romper, en fin, los viejos molles rutinarios para, en otros más amplios, ir fundiendo las inteligencias y las almas infantiles.

Es curioso e interesante conocer cómo nacieron estas escuelas. Aupada en lo alto de una colina, la vieja abadía sacromontana es un edificio de grandes proporciones, cuadrado y macizo, al que las bileras uniformes de ventanas prestan a lo lejos una apariencia de cárcel o de cuartel. Pencas y chumberas crecen con prodigalidad a uno y otro lado del camino, que, serpenteado por el valle del Paraíso, paralelo al curso del Darro, une el Sacro Monte con la ciudad; junto a él abren su boca, tenebrosa y desdentada, las cuevas donde vive la gitanería, esa raza que han formado el misterio y la superstición. Diariamente—caballero en una humilde boricca, cual nuevo Jesús de Galilea hacia la Jerusalén de sus amores—recorría D. Andrés Manjón este camino para explicar su cla-



Capilla que guarda los restos del padre Manjón, en las escuelas del Sacro Monte